

14. Si no os lavo los pies, no tendréis parte conmigo

¿Cómo es posible esta permanencia en el amor de Cristo? Es fácil decirlo, pero en la realidad de lo que vivimos y somos, en la realidad de nuestra vocación, pero también de nuestra fragilidad de pecadores, ¿cómo es posible que permanezcamos en el amor de Cristo? ¿Cómo es posible corresponder al amor infinito de Cristo aceptando permanecer en él como único sentido de la vida, única finalidad y única alegría verdadera de la vida?

Ya al comienzo de la Última Cena, Jesús anticipa la respuesta a estas preguntas, cuando se levanta para lavar los pies a sus discípulos y dice dos cosas fundamentales a Pedro. La primera es: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde” (Jn 13,7). La segunda es: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo” (Jn 13,8).

Luego, tras el gesto y habiendo retomado sus vestiduras, se sienta en su lugar presidencial, podríamos decir en su cátedra de Maestro y Señor, y comienza la larga y sublime enseñanza de sus últimos discursos:

“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica”. (Jn 13,12-17)

Acaba de decir a Pedro que ahora no puede entender lo que hace, y ahora pregunta a todos si han entendido lo que ha hecho. ¿Qué significa esto? ¿Podemos y debemos comprender o no? Creo que esencialmente tenemos que entender que solos no podemos entender. Pedro, al oponerse al gesto de humildad de Jesús, estaba expresando su cerrazón en la comprensión del gesto mismo. No se preguntó ni por un momento cuál era el significado de aquel gesto y, sobre todo, no se lo preguntó a Jesús. Este es un camino ciego, que nunca conduce a la comprensión.

Un poco más tarde, Pedro intentará de nuevo afirmar su comprensión de las palabras de Jesús y de su misterio, pero ya lo hará dudando y preguntando. También ahí responderá Jesús remitiendo a Pedro a la experiencia de fragilidad y fracaso de su propia presunción que tendrá que hacer para llegar a comprender, como veremos, de otra manera.

“Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: «Donde yo voy no podéis venir vosotros». Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros». Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿adónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: No cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces”. (Jn 13, 33-38)

En el discurso de Jesús comienza a entrar el anuncio que culminará en el versículo de Jn 15,9: “Como el Padre me ha amado, así también os he amado yo. Permaneced en mi amor”. Aquí dice: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros”. (Jn 13,34).

Aquí Pedro, como es su costumbre, interrumpe a Jesús, irrumpiendo como quien no escucha de verdad porque está fijado en un pensamiento y en una preocupación que lanza sin esperar: “Señor, ¿adónde vas?”. Y después, no contento con la paciencia que Jesús le manifiesta y le requiere, Pedro pregunta: “Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti”. Entonces Jesús le da una respuesta llena de verdad, que parece dura, que lo es ciertamente para Pedro, pero que prepara su arrepentimiento y la posibilidad de que integre su negación en su relación con Cristo, en lugar de vivirla como Judas sólo consigo mismo, es decir, con total desesperación. “¿Darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces”.

Comprended que si Judas, después de la traición, hubiera recordado que Jesús se lo había predicho, sin impedirselo, sin amenazarle, sin decirle que no lo hiciera, habría podido volver en sí, y volver a la conciencia del amor de Cristo, volver al amor de Cristo tan grande que abrazaría hasta al traidor más taimado. Habría tenido un lugar al que volver, y permanecer, a través del perdón. Pedro, después de su negación, recordaba esto. Los tres sinópticos subrayan que, al canto del gallo, “Pedro se acordó de la palabra de Jesús” (Mt 26,75; Mc 14,72; cf. Lc 22,61). Sólo Lucas menciona una mirada directa de Jesús sobre él que le hizo recordar las palabras del Señor, pero es evidente que, aunque Jesús no le hubiera mirado en ese mismo momento, en su memoria Pedro encontró no sólo las palabras, sino la mirada con que Jesús las había pronunciado. Y con las palabras y la mirada, el amor. Así pudo derramar la amargura de su arrepentimiento en el amor de Cristo, que culmina ahora en la Pasión y Muerte, único lugar de consuelo y redención para los pecadores.

Sólo esto nos permite comprender: el recuerdo de las palabras de Jesús que nos devuelven a la conciencia de ser amados y perdonados por Él. Incluso antes de que le neguemos, Él ya ha abierto la puerta y preparado el espacio para que volvamos y permanezcamos en su amor. Esto es el “comprender más tarde” que Jesús prometió a Pedro y le pidió que esperara. Es decir: comprendemos el amor humilde de Cristo, el que nos lava los pies, el que nos regeneró en el baño del Bautismo, cuando volvemos a Él con la experiencia de la vida, de nuestra limitación, de nuestra necesidad de ser perdonados y, por tanto, de nuestra necesidad de permanecer en su amor para no morir, para no ahogar nuestra vida como hizo Judas. Colgarse, que significa sofocar la vida, no es más que el símbolo de una posición de vida y de corazón que no respira a Cristo permaneciendo en su amor, como decía San Antonio, padre de monjes, a sus discípulos antes de morir: “¡Respirad siempre a Cristo!” (San Atanasio, *Vida de San Antonio*).

Sólo así se entiende la segunda palabra de Jesús a Pedro: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo” (Jn 13,8). Si no nos dejamos amar verdaderamente por Cristo como Él nos ama, no podemos compartir su amor, no podemos permanecer en él y, por tanto, expresarlo.